

Adriana Fernanda Rivas de la Chica

Ignacio Allende: una biografía

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

274 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 62)

Ilustraciones

ISBN 978-607-02-4088-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de septiembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/ignacio/allende.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Conclusiones

A pesar de contar con algunas biografías dedicadas a él, Ignacio Allende constituye una figura relativamente poco estudiada del proceso de Independencia y junto con nombres como Aldama y Abasolo, entre otros, ha sido visto por mucho tiempo como un personaje secundario de la primera etapa del movimiento iniciado en 1810. Sin embargo, al estudiar su vida y su desempeño en la insurgencia, surge como una figura medular para comprender aquel movimiento que buscaba ser de carácter político y militar y que convivió y se vio opacado por otro de carácter básicamente social, comandado por Miguel Hidalgo y Costilla.

El hecho de estudiar a Allende como parte de la élite provincial del Bajío y del Regimiento Provincial de Dragones de la Reina de San Miguel el Grande resulta bastante útil para conocer las razones que criollos con sus características tuvieron para enfrentarse al régimen establecido y para saber cuáles eran los objetivos que perseguían.

Allende no pertenecía a las familias más poderosas de la región económicamente hablando, pero aun así contaba con bastante prestigio, excelentes relaciones sociales y buen trato por parte de funcionarios y altos mandos milicianos. Si bien no estaba muy de acuerdo con

la manera en que el virreinato se venía manejando por el hecho de que los intereses americanos se veían cada vez más afectados y porque no se lograba la participación deseada en la política novohispana, no se había planteado seriamente la idea de tomar acciones radicales contra el gobierno. Fue hasta que se presentó el golpe al virrey José de Iturrigaray y que se vieron truncadas las posibilidades de que se formara una junta de gobierno provisional que diera entrada a los americanos, así como después que fue disuelto de forma muy polémica el cantón de Jalapa donde milicianos como él se encontraban concentrados, que Allende se decidió a planear un movimiento en contra de un gobierno que se había impuesto de manera violenta e ilegal, que ocultaba información y del cual temía que entregara el reino al invasor francés.

Al enterarse de la prisión de Fernando VII, y al ser cuestionado por lo que él pensaba que procedería hacer en caso de que Francia lograra vencer a España, Allende expresó lo siguiente:

[...] si tal desgracia padeciámos, se debería establecer un Gobierno independiente, formando aquí una masa para todos los que estuvieran acreditados de buenos patriotas tomasen las riendas del Gobierno y se estableciese lo que conviniese á la América, siendo para el declarante el primer paso el de Armarla para precaverla de la suerte que había corrido la Metrópoli, en lo qual se proponía que perdiendo Bonaparte las esperanzas de poseer esta América, podría entregarle al Sor. Don Fernando Septimo, ó a quien en su caso fuese el legitimo heredero, a costa del sacrificio pecuniario que fuere necesario, [...]⁶⁰⁸

Aunque esta cita es tomada de la declaración que dio Allende en su causa durante su prisión en Chihuahua y pueda pensarse que cualquier cosa que dijese en ese momento buscaría reducir de alguna manera los cargos que se le imputaran, esta afirmación resulta bastante congruente con la manera en que el miliciano actuó antes y durante el movimiento insurgente de 1810.

⁶⁰⁸“Causa instruida...”, respuesta a la pregunta 15, p. 14.

Allende no planteaba una separación absoluta de la Nueva España con respecto de la Corona española sino más bien una independencia que implicara la libertad de los americanos para ser ellos quienes la administraran y no los peninsulares, además de contar con la libertad de decidir cómo debería gobernarse el virreinato en ausencia del rey. Aunque no sigue una doctrina ideológica o política específica, desde muy temprano se inclina por la conveniencia de formar una junta de gobierno de carácter más que nada autonomista y que gobernara a nombre de Fernando VII o del miembro de los Borbones que legítimamente ostentara la Corona. Es decir, está más cerca de los planteamientos autonomistas expuestos por el Ayuntamiento de la ciudad de México en 1808 que de aquellos que propugnaban por una separación definitiva y tajante de todo lo que tuviera que ver con España. Además, considera real la amenaza de que Francia llegara a ocupar Nueva España de la misma manera que había ocurrido con la Península o, peor aun, que las autoridades auto impuestas después del golpe a Iturrigaray pudieran en un momento dado entregar el reino a los franceses.

Pero a pesar de tener una idea bastante clara de cómo debía funcionar el virreinato en ausencia del rey, dadas las condiciones en que se presentó el movimiento insurgente de 1810, Allende no llegó a estructurar bien, ni mucho menos a concretar, ese objetivo. Si bien desde muy temprano expresó la idea que tenía sobre cómo debía manejarse la Nueva España en ausencia del soberano, Allende no logró desarrollarla como un plan estructurado por él mismo.

Sobre los distintos factores que pudieron definir su manera de actuar durante el movimiento insurgente, puede decirse lo siguiente: en cuanto al hecho de pertenecer a las milicias provinciales, pueden concluirse dos cosas. Por un lado sí resultó un factor determinante en cuanto a que al formar parte de estas fuerzas, y más en la zona del Bajío donde éstas se integraban básicamente por la élite regional, desarrolló, además de una serie de relaciones sociales con otros milicianos de territorios cercanos, una idea clara de los intereses que como grupo buscaba defender.

Fue durante su desempeño como miliciano, y mientras permaneció acantonado en Veracruz por órdenes del virrey José de Iturrigaray, cuando, al igual que muchos de sus compañeros y amigos americanos,

Allende se dio cuenta de todos los movimientos políticos y de poder que estaban ocurriendo tanto en la metrópoli como en el virreinato y cómo los altos mandos peninsulares buscaban frenar cualquier avance que los americanos pudieran tener en cuanto a la participación en el gobierno de Nueva España, llegando incluso a ocultar información sobre el verdadero estado de las cosas en la Península.

El ser miliciano dotó a Allende de la información y las relaciones necesarias para decidirse a actuar en contra del régimen impuesto después de la destitución de Iturrigaray en septiembre de 1808. De hecho, en las conspiraciones en las que participó, muchos de los que acudían e incluso las organizaban eran también parte de las milicias provinciales que habían permanecido acantonadas en las inmediaciones de Veracruz.

Sin embargo, todas estas ventajas que al parecer le habría dado el ser miliciano parecieron esfumarse al iniciar de manera precipitada el movimiento insurgente de 1810, ya que debido a la falta de organización y, sobre todo, al carácter popular y violento que tomó desde el principio la insurgencia, Allende perdió muchos de los apoyos con que contaba no sólo en la milicia sino también en la sociedad criolla acomodada. Aunque es cierto que varios regimientos provinciales se le unieron desde el inicio del movimiento, de ninguna manera resultaron suficientes esas fuerzas para lograr un movimiento que contara con un buen apoyo militar como para poder extenderlo en las provincias más importantes del reino al mismo tiempo, como él quería que ocurriera.

Además de esa falta de apoyo surgió otra gran desventaja para el movimiento militar que Ignacio Allende tenía en mente: el hecho de que, a pesar de haberse encontrado en algunas misiones especiales, e incluso trabajar al lado de experimentados militares de carrera, como Félix María Calleja del Rey, él nunca antes se había encontrado en una verdadera acción de guerra. Aun así, en varios momentos críticos de la insurgencia, Allende presentaba buenas propuestas y estrategias de guerra generalmente más cautas que las que proponía Miguel Hidalgo, pero pocas veces fueron secundadas. Desde luego sabía muy bien cuáles eran los principales errores militares que estaban cometiendo, como presentar ejércitos formados por miles de indios sin preparación ni disciplina, frente a otros compuestos por militares preparados y co-

mandados por jefes experimentados; o el dejar indefensos territorios que había costado mucho ganar, como fue el caso de Guanajuato, lo que provocaba no sólo que regresaran a ellos los realistas sino que la población decidiera dejar de apoyarlos porque perdía demasiado.

Esto en cuanto a su faceta como miliciano, pero en cuanto a cómo pudo haber definido el desempeño de Allende en el movimiento insurgente el hecho de pertenecer a la elite del Bajío, se puede decir lo siguiente. Allende contaba con excelentes vínculos con los sectores privilegiados de la región y, en realidad, el movimiento que él tenía en mente buscaba ver, más que nada, por los intereses de ese grupo al que él pertenecía, aunque no fuera de las familias más exitosas económicamente hablando. De hecho, a pesar de estar de acuerdo con que se involucrara a los indios y campesinos como fuerza de apoyo en el movimiento, nunca estuvo muy de acuerdo con la idea de dejar entrar a quien quisiera unirse y de integrar sus ejércitos con miles de personas que no tenían ningún conocimiento en el uso de armas ni de la disciplina y que además aprovechaban cualquier oportunidad para cometer excesos y para robar.⁶⁰⁹ Empero, al igual que ocurrió con el apoyo mili-

⁶⁰⁹Es sabido que al capitán de Dragones de la Reina no le simpatizaba la participación de campesinos e indígenas en los ejércitos insurgentes por su falta de preparación y disciplina y por la conducta que demostraban al saquear y robar las poblaciones tomadas. No obstante, resulta que Ignacio Allende era un personaje que a ellos les inspiraba bastante simpatía y era visto como una figura mesiánica. A decir de Eric Van Young, a pesar de que Allende era notoriamente más conservador que muchos, numerosos campesinos e indígenas lo veían como un gran vengador, asesino de gachupines, y hasta como reformador agrario. Era visto, junto con la figura del rey Fernando VII, como una especie de salvador. En muchas ocasiones se le relacionaba con el Deseado y con la Virgen de Guadalupe y en bastantes lugares era visto como el gran líder a pesar del poder de Hidalgo y, de hecho, muchas veces se hablaba en algunas poblaciones de que se esperaba al ejército de Allende y no al de Hidalgo. Como una posible explicación, Van Young refiere las características que Allende podría compartir con Fernando VII, como la juventud, el ser español, el encontrarse a una gran distancia social de los rebeldes del común y el contar con cierto talento político y militar. Un ejemplo de la popularidad de Allende entre los indios es un dibujo analizado por Ernesto Lemoine, en el que pueden verse, entre otras, las figuras del virrey Venegas y de Ignacio Allende. Este dibujo se le encontró a un indígena, quien fue apresado por plasmar la imagen de uno de los líderes insurgentes. Dos aspectos importantes menciona Lemoine en cuanto a este dibujo. El primero, que a su parecer, fue elaborado “[...], con simpatía

tar, perdió gran parte de la ayuda que los americanos acomodados le hubieran podido brindar precisamente por el carácter violento que tomó el movimiento insurgente. Incluso algunos de quienes habían organizado o formado parte de las conspiraciones de Valladolid y de San Miguel y Querétaro no sólo dejaron de apoyar a la insurgencia sino que ayudaron a los realistas.

Pocas fueron las veces en las que los primeros jefes estuvieron de acuerdo en los pasos a seguir y diferían en el sentido mismo que cada uno le daba a la insurrección. Mientras Allende siguió una posición más moderada, enfocada en la idea de la creación de una junta de gobierno y de guardar el reino para Fernando VII, la postura de Hidalgo fue tornándose cada vez más radical hasta el punto de dejar de mencionar al rey. De entrada, al existir estas diferencias de fondo, Allende estuvo todo el tiempo inmerso en un movimiento que no era el que había planeado.

Aun así, puede decirse que mostró compromiso tanto con las conspiraciones en las que participó como con el movimiento insurgente. Aunque muchas veces no estuvo de acuerdo con las decisiones tomadas por Hidalgo nunca actuó de manera distinta a lo que decidiera la mayoría e intentó salvar causas prácticamente perdidas, como la defensa de Guanajuato, sin contar con casi ningún apoyo y a sabiendas de que Calleja se dirigía allá con sus tropas, o el intento de marchar hacia Estados Unidos a pedir ayuda cuando el movimiento se encontraba casi derrotado. Como lo expresa Paco Ignacio Taibo II:

y candidez, casi diríamos que con amor”. El segundo, que dada la atracción popular que Allende provocaba, era muy difícil, sobre todo al iniciar el movimiento, saber con certeza quién era el jefe principal, si él o Hidalgo, porque muchas veces se le mencionaba a él como líder insurgente. Eric Van Young, “Quetzalcóatl, King Ferdinand, and Ignacio Allende Go to the Seashore; or Messianism and Mystical Kingship in Mexico, 1800-1821”, en Jaime E. Rodríguez O. (ed.), *The Independence of Mexico and the Creation of the New Nation*, California, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles; Mexico, Chicano Program, University of California, Irvine, 1989, 373 p., p. 109-128; *La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821*, trad. de Rossana Reyes Vega, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, 1003 p., p. 819-823; Ernesto Lemoine Villicaña, “¿Un retrato de Allende?”, *Boletín AGN*, julio-agosto-septiembre, 1960. t. I, núm. 3, p. 375-396.

No hay duda de que Allende fue el gran conspirador, que el movimiento de Querétaro tuvo una red enorme de simpatizantes, captó cientos de soldados virreinales, gracias a las labores previas del infatigable oficial de Dragones. No hay duda de que mientras Hidalgo en la primera fase de la conspiración se comprometía tíbiamente, Allende ponía la carne en el asador. Tampoco hay duda de que el alzamiento se produjo en la noche del 15 de septiembre gracias a la voluntad del cura.⁶¹⁰

Con Allende permanecieron casi siempre fieles sus antiguos amigos y compañeros en la milicia y generalmente lo seguían y apoyaban en sus decisiones frente a Hidalgo. Personajes como Juan Aldama, Miguel Malo y Mariano Jiménez estarían a su lado casi hasta el final.

El 27 de septiembre de 1821 Agustín de Iturbide entró a la ciudad de México habiendo triunfado con un plan parecido a aquel propuesto en 1808 que daba autonomía de gobierno a Nueva España y dejaba abierta la entrada a algún monarca de la casa de Borbón. Como lo comenta Doris Ladd, la autonomía que había sido “[...] respaldada en 1808 por pequeñas facciones constituidas por autoridades civiles, en 1821 fue garantizada por una fuerza militar disciplinada y unida, mandada por primera vez por criollos”.⁶¹¹

Cabría preguntarse entonces, si Allende hubiera estado de acuerdo con el plan que finalmente realizó la independencia de México en septiembre de 1821 que se apoyó, como él lo deseaba, en fuerzas militares ordenadas y que dejaba abierta la posibilidad de que reinara algún Borbón.⁶¹² Sería aventurado afirmar que Allende habría apoyado al

⁶¹⁰Paco Ignacio Taibo II, *El cura Hidalgo y sus amigos: 53 viñetas de la guerra de independencia*, México, Zeta, 2007, 180 p., p. 80.

⁶¹¹Ladd, *op. cit.*, p. 188.

⁶¹²Francisco Bulnes hace una comparación entre Allende e Iturbide: “¿Podía D. Agustín Iturbide aceptar los procedimientos de revolución elegidos por el cura Hidalgo? No, indudablemente, por la misma razón que no los aceptaban Allende, Aldama y Abasolo; la diferencia radica en que los liberales, sobre todo los jacobinos, consideran su héroe a Allende y no á Iturbide, siendo así que ambos son muy semejantes: los dos jóvenes, robustos, ágiles, impetuosos, valientes, parranderos y sobre todo militares de su época, estrechamente aristócratas por donde no podía pasar el más delgado hilo democrático; ambos de mediana inteligencia, de gran carácter,

movimiento trigarante porque las condiciones que lo hicieron posible fueron muy distintas a las que se presentaban en 1808 y 1810 y las razones que movieron a Iturbide a apoyar la Independencia después de años de lucha pudieron ser muy distintas a las que animaran al capitán de dragones. Lo que sí se puede decir, es que Allende no tiene que seguir siendo el mártir predestinado a liberar a un pueblo del yugo de su opresor para que se respete su quehacer durante todo el proceso que implicó el movimiento de Independencia. En todo caso, Allende tiene el inmenso valor de haber actuado de forma congruente con su manera de pensar y de haber defendido lo que él creía que era lo mejor para la Nueva España.

y escandalosamente ignorantes en todo lo que no fuera militar, dentro de su ciencia de subalternos, que estaba muy lejos de ser la vulgar hoy entre los oficiales de los ejércitos modernos”. La comparación resulta interesante y sin duda pueden encontrarse similitudes entre ambos. Sin embargo, también existen inmensas diferencias que vuelven peligrosa cualquier generalización.